

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 28 DE NOVIEMBRE DE 1901

NÚM. 575



Mucha pluma en el sombrero,  
muy ajustada la malla,  
formas de primera fuerza.  
Se vende. ¿Quieren comprarla?

# CHARLA

A MI QUERIDO AMIGO D. PEDRO RUIZ

**M**E parece muy del caso en esta *Charla*, y para la estación que empieza, ocuparme del frío; más que nada, porque hablando de él, parece que se nota menos.

Una *crónica fría* bien se me alcanza que no es á propósito para esta publicación; pero escrita al amor de la lumbre y leída al *amor* también de unos ojos de infierno, podrá resultar del agrado de mis amadísimos lectores.

La cuestión es encontrar esos ojos que ponen en combustión el alma más fría é insensible.

Unos ojos como los de Carmen, bellísima viuda, amiga de lo más íntimo de un joven capitán de artillería llamado Ernesto, y guapo *él*, aun sin llevar el uniforme.

Síganme ustedes y penetremos en un elegante y confortable gabinete, donde se encuentra esta simpática pareja.

Ella, sentada junto á los grandes cristales del balcón, mira distraídamente al exterior, entreteniéndose, sin notarlo, con la suave caída de los blanquísimos copos de nieve.

Ernesto, muy cerca de Carmen, casi rozándose con ella, lee LA SAETA.

De pronto, lanza una carcajada que asusta á su bella amiga, haciéndola exclamar:

—¡Jesús, hijo!... ¡Bien podías avisar antes!

El capitán sigue riendo, sin hacerla caso, presentándole á la vez el periódico é indicándole con el dedo el epígrafe de un artículo.

Carmen sonrío, sus mejillas se encienden, y, envolviendo á Ernesto con una mirada *candente*, exclama:

—El título es gracioso y sugestivo...

—¡No lo sabes tú muy bien!—contesta el capitán.

—Pero lo sabré, si tú eres tan bueno que me lo haces conocer.

No esperó más Ernesto, y, haciendo un gesto significativo, comienza á leer en voz alta.

La nieve sigue cayendo copiosamente, azotando, á la vez, los cristales del balcón á impulsos de heladas ráfagas de viento.

—Es muy bonito todo eso,—dice Carmen, interrumpiendo la lectura;—pero me parece algo inverosímil esa especie de resurrección.

—No lo creas, hijita,—prosigue el capitán.—Lisardo, el pastor, no estaba muerto, sino desfallecido y rígidos sus miembros á causa del intenso frío. En esta situación lo encuentra Leandra, la moza más garrida del lugar, y, ¡claro!, como es buena y compasiva, se despoja de su ropa, cubre con ella al pobre mozo, el cual, al sentir el suave y delicioso calor del cuerpo de Leandra, abre los ojos, dirige los brazos á su bienhechora, que, medio desnuda, se deja abrazar por el mozo, y ambos, casi á la intemperie y sin más abrigo que el calor de



sus propios cuerpos, llenos de vida, consiguen trocar en sofocante día de verano aquel tan crudísimo del mes de enero.

—De modo que... vamos...—añade Carmen, mirando al capitán de un modo extraño.

—Ya te lo puedes figurar. Los pastores resolvieron el difícil problema de entrar en calor, por el procedimiento más rudimentario, más práctico y más antiguo.

—¿De veras?

—¡Y tanto! Esa fué la primer estufa que conoció nuestro padre Adán.

—Pues, nenito, yo te aseguro que, si aquí no estuviéramos bien resguardados del frío, con todo bien cerradito y la chimenea encendida, ni con todo el fuego de nuestros cuerpos tendríamos bastante para no tiritar.

—Y ¿serías capaz de necesitar más abrigo que mis brazos? —exclama Ernesto, estrechando el flexible talle de su amada.

—¿Y tú?

—¡A mí me basta, para abrazarme, que me mires con esos ojos de fuego!

—¿Nada más?—murmura la viudita, acercando su rostro al del capitán.

—¡Carmen!..

—¡Ernesto!...

Y el rostro de Carmen despide fuego, sus ojos brillan como nunca, y el capitán... ¡Ay, pobre capitán!..

La respiración de ambos es fatigosa, como si de pronto se hubiera posesionado de sus cuerpos la más alta fiebre.

En este momento, vuela el periódico de uno á otro mueble, seguido de otros papeles que hay sobre un velador, yendo á parar á la llama de la chimenea.

Con el nuevo combustible se produce una hoguera, cuya vivísima luz inunda de repente la estancia.

Carmen se incorpora sobresaltada, y, enjugando el sudor que cubre su frente, exclama:

—¡Ernesto, por Dios, baja la pantalla de la chimenea, que esto ya es mucho fuego!

—¡No, hijita!—contesta el capitán cariñosamente.—Lo que haré es cerrar el balcón, que hace un rato abrió una ráfaga de viento.

—Pues mira: ¡ni siquiera me había apercebido!—dice Carmen, lanzando una carcajada.

—Ahora te explicarás lo del pastor...

—¡Sí!... Y lo de la pastora.

.....

Y ustedes también se explicarán que se puede escribir algo que no resulte frío, aun con nieve á la rodilla... Y si se sube un poquito más... ¡el rojo blanco!



No se sabe si es inglesa, francesa, turca ó italiana. Lo que sí les aseguro es que es una chica guapa.

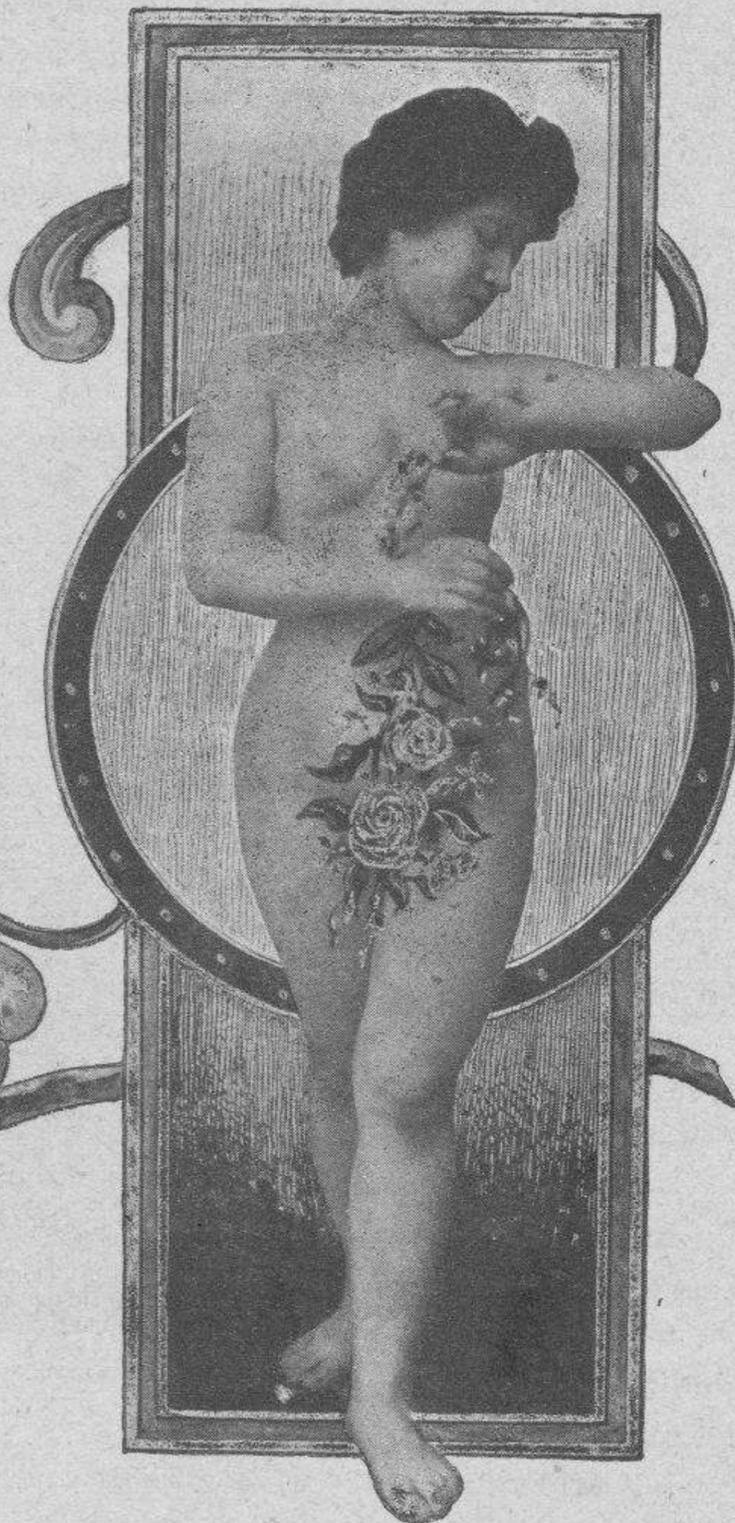
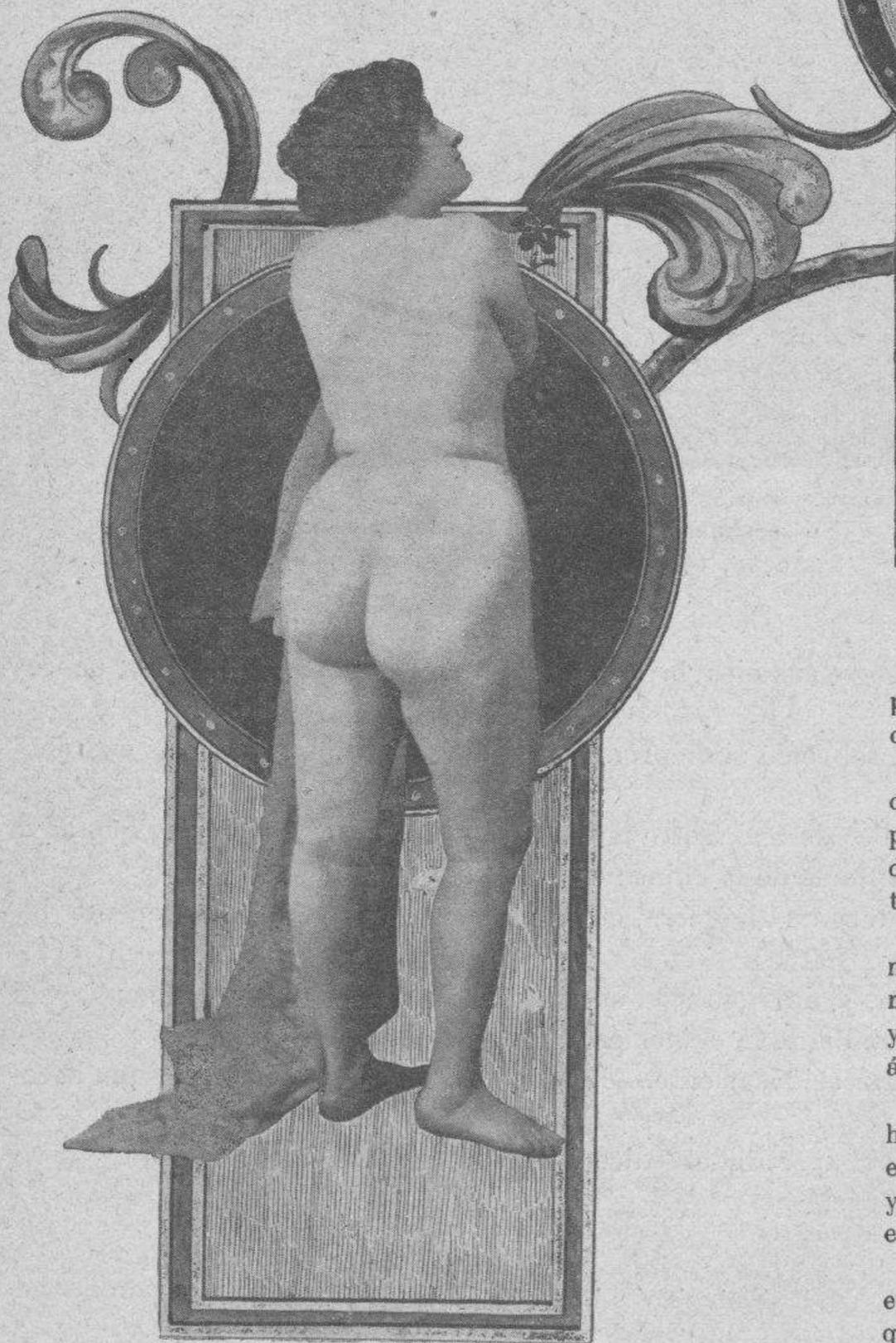
## A LO VIVO

Como prueba de tu amor  
y de que bordas al pelo,  
marcado con gran primor,  
me has regalado un pañuelo  
de los de marca mayor.

Con él me has hecho feliz,  
pero á usarlo no me allano,  
pues cometiera un deslíz  
si pusiera mi nariz  
donde pusiste tu mano.

Tu aliento aspiro contento  
y besarlo ya no intento,  
porque sería un bellaco  
si mezclara el del tabaco  
al perfume de tu aliento.

Y si vertiera en mi mal  
llanto, nunca su raudal  
con tu pañuelo secara,



para que no lo quemara  
de mis lágrimas la cal.

Aunque lucirlo es mi flaco,  
de lucirlo habré de huir,  
pues si al aire lo destaco  
dirá la gente que saco  
tus trapos á relucir.

Con él soñé darme brillo,  
mas si al usarlo lo humillo,  
no podré destino darle  
y tendré que condenarle  
á prisión en mi bolsillo.

Mas ya destino le hallé:  
hilas lo haré y las pondré  
en mi corazón herido,  
y así al pañuelo daré  
el sitio más distinguido.

Que sea de tu aprobación  
espero la aplicación  
que dar al pañuelo acuerdo,  
pues con ella tu recuerdo  
llevaré en mi corazón.

CARLOS CANO.

## TAL PARA CUAL

**D**ON Robustiano, de cuarenta y cinco años, gordo, feo, rico, se ha casado con una señorita de veinte abriles, guapa y pobre.

No es absolutamente indispensable que en una unión de esta clase figure el marido, más ó menos tarde, en la clase de los bienaventurados; pero es lo más seguro que tal suceda.

Y sucedió, no una sino varias veces, repetidas veces; hasta demasiadas veces, si ustedes me apuran.

El marido lo sabía; pero sobre ser la antítesis del Cid, tenía una especie de buen sentido, que le hacía pensar:

«Cuando se es tan rico y tan feo como yo, no se sería completo, no siendo algo .. venado.»

Un día, se hallaba en el Casino jugando al tresillo.

Algo lejos, no mucho, de él, tomaban café dos jóvenes, alegres, calaveras, aturdidos, valientes... Uno de ellos, el conde de N., había tenido la mala sombra de pretender á Ernestina, la esposa de don Robustiano, cuando ésta se hallaba en todo el furor de su pasión por un tenor del Real, y había recibido una repulsa que el conde, en su vanidad, atribuyó á que había tropezado con una virtud inexpugnable.

En consecuencia, al ver al ricachón, dijo á su compañero, el marqués de X.:

—¿Has visto á don Robustiano?

—Sí.

—¿Continúa su mujer siendo un monstruo de castidad?

El marqués se encogió de hombros y respondió:

—¡Monstruo de castidad!...

—¿Lo negarás?... ¡Una mujer que me ha desdeñado!...

—Esa no es una razón...

—Me parece...

—¿Qué dirías si yo asegurase que ha tenido y tiene y es de suponer que, todavía durante mucho tiempo, tendrá amantes?

El conde, creyendo percibir un punto de ironía en el acento de su interlocutor, exclamó con arrebató:

—¡Diría que has mentido!



—¡Qué tarde se levanta hoy mamá!...

## La Saeta

—¡Mentir yo!... Supongo que retirarás la palabra...

—¡No la retiro!

—¡Pues me darás cuenta de ella!

—Estoy á tus órdenes... Mira: son las cuatro de la mañana... Pronto amanecerá y podemos ventilar en seguida el asunto...

—Como quieras... Busquemos padrinos y...

—Andando.

Ambos se levantaron; pero el conde, á quien se le acababa de ocurrir una idea diabólica, dijo:

—Espera.

Y dirigiéndose al banquero, pues lo era don Robustiano, exclamó en voz alta:

—Don Robustiano, voy á batirme por el honor de usted... El señor afirma que su esposa de usted se la pega; yo sostengo que no... y vamos á darnos de estocadas... ¡Buenas noches!



—Y me voy al colegio sin verla, con el beso preparado para el primero que se presente.

El banquero, puesto en tan terrible ridículo, levantóse con el rostro encendido de vergüenza y, haciendo de tripas corazón, gritó:

—¿Quiénes son ustedes para tomar mi honor en boca?... ¡Los dos van ustedes á batirse conmigo inmediatamente!...

Pero como ya había él previsto, le respondieron:

—En todo caso, será usted el segundo... si hay lugar para ello; ahora nosotros dos hemos de ventilar nuestro asunto.

.....

Efectuado el duelo, que don Robustiano presenció muerto de miedo, resultaron heridos ambos adversarios...

Y poco después, el banquero penetraba como un vendaval en la alcoba de su mujer, y, despertándola bruscamente, la decía:

—Señora: ¡Vengo de dar una estocada en un muslo al marqués de X. por haber dicho que usted me la pega, y he atravesado un hombro al conde de N. por sostener que no me la pega usted!... ¿Cuál de los dos tiene razón?...

Ernestina, que sabía los puntos que calzaba su marido en cuanto á valor, se frotó los ojos y dijo en tono soñoliento:

—¿Para eso me has despertado?... ¡Demasiado sabes que yo soy una esposa tan fiel como tú un valiente!...

Y se volvió del otro lado, no tardando en lanzar un sonoro ronquido... porque se puede ser hermosa, espiritual... y roncar como el más prosaico de los aguadores.

DON SEBASTIÁN.

## COPLITAS

Una mujer fué mi dicha,  
una mujer es mi duelo,  
y al final de la jornada  
será una mujer mi infierno.

Campanita triste  
de mi hermosa aldea,  
dila que la adoro y que me ha matado  
su conducta páfida.

Despreciaste mi cariño,  
yo el tuyo desprecio ahora;  
en este mundo, chiquilla,  
cambean mucho las cosas.

No puedo mirar tus ojos,  
que en tus ojos, cual ningunos  
existe la brillantez  
de todos los astros juntos.

FERNANDO FRANCO.

PÁGINA ARTISTICA



que cantan, bailan  
y hacen... ¡la mar!

Dos coupletistas  
bellas y tal,



## ¡No seas tonta!

Me han dicho, Inés adorada, que estás muy triste y llorosa por motivos que, en resumen, son de poquísima monta; pues, según tengo entendido, lo que te pasa no es cosa para que te desesperes y reniegues de tu sombra, con lo cual nada consigues sino es que te llamen tonta. No es razón lo que te pasa para ponerte ojerosa y, en tu confusión, confieses que estás resuelta á ser monja, como si odieras de veras el mundo vano y sus pompas; pues lo que á ti te sucede les sucede á casi todas las muchachas de tus años y que cual tú son hermosas. Se ha empeñado tu familia, y hace muy bien, sí, señora, en que recibas risueña á un vejete que te ronda, demostrando que está el pobre chiflado por tu persona; y aunque es verdad que no tiene ni un solo diente en la boca, y se tiñe los bigotes y de poca salud goza, para que en paz con él vivas dispone de muchas onzas, y á fe que con él serías más que una reina dichosa. Tu familia está en lo firme y con gran cordura obra al obligarte á que admitas el cariño de esa momia, pues, aunque ahora te opones, ya verás cuando estés sola y reflexiones con calma, que es una ganga muy gorda pescar á un viejo tan rico que va d' recho á la boda. Tú, ¡claro está!, te resistes y te entristeces y lloras, porque piensas en tu novio, que, al fin, Inés, no es gran cosa, pues aunque es un buen muchacho, los dineros no le sobren. Sí, mujer: es necesario que la verdad reconozcas, que medites y comprendas que ya ha pasado á la historia el tiempo en que los amantes, impulsados por fe loca, alimentarse querían sólo con pan y cebolla, porque el matrimonio tiene más de infierno que de gloria,

y aun con magra, Inés, son hoy  
pocos los que lo soportan.  
No seas tonta, mujer;  
por bueno el consejo toma  
y deja al novio que tienes  
por el viejo que te ronda.  
Tu novio, que se fastidie;  
su cariño ¿qué te importa?  
¡Ya verás como en seguida  
se consuela y busca á otra!  
Y si el corazón acaso  
con su recuerdo te agobia  
y te acusa la conciencia  
de perjura y de traidora,  
al corazón lo retuerces  
y á la conciencia la ahogas;  
pues si con lástimas andas,  
según están hoy las cosas,  
nadie dirá que eres buena,  
¡todos creerán que eres tonta!

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.

## NORA...

... Pues bien, Nora, le ofendiste.  
Ya has cometido la falta  
que ha de lograr que tú seas  
como cualquiera de tantas...  
¿Lo ves?... Di: ¿qué te creías?  
Responde, di: ¿qué esperabas?  
Ilusión, sólo ilusión  
que loca ha forjado el alma,  
y hace perder la cabeza  
y hace que derrames lágrimas,  
al notar el desengaño  
que tú, necia, no pensabas.  
¿Y el amante?... Te abandona.  
Sé que niega su palabra,  
y hoy va diciendo de ti...  
¡lo que dicen los canallas!...  
¿Y tu esposo? Di, responde:  
enjuga presto tus lágrimas  
y, si te queda vergüenza,  
no olvides que de la nada  
te elevó, para que tú  
le destrozases el alma...  
Pero, ya ves, es un hombre  
que á ti te merece lástima,  
porque no sabes juzgar  
lo que es digno de alabanza.  
Ya ves, Nora; le ofendiste  
buscando lo que ignorabas,  
y él que sabe tu conducta,  
y él que conoce tu falta,  
quiere olvidar lo pasado,  
quiere volverte á su casa  
para mirarse en tus ojos  
si resistes su mirada.  
¡Tú le ofendiste á traición  
y él piensa lavar tu mancha!...

J. ENRIQUE DOTRES





## CANCÁN

**E**L baile del *cancán* es un arte como otro cualquiera. Tiene su nacimiento en Francia y su muerte aun no está decretada.

¿Quién fué el inventor del *cancán*?  
La misma palabra lo dice:

Un perro: *can*; mejor dicho, dos perros: *can-can*.

Dicen los historiadores, tontos de la cabeza, que *Cancán* fué un rey antiquísimo que le dió por *desgonzarse* las piernas y por que las levantaran las cortesanas.

Pero esto fué desmentido, no ha mucho, por un relojero portugués que asistió al descubrimiento de la Gran Canaria.

Esta isla que, como todos ustedes saben, estaba habitada por *canes*, fué la que proporcionó á la Francia sus primeros bailarines.

Cuentan que un marinero francés, tripulando un navío catalán, llevó á bordo una pareja de perros de la isla, á los cuales enseñó á hacer piruetas con tal arte y elegancia, que llegaron á ser la admiración de los marseleses.

Y después de los *canes*, siguieron las personas más ó menos serias dando saltos al compás de un galop vertiginoso.

Primero, en las *juergas* antepasadas, después en los bailes públicos, y más tarde en el propio seno de las familias, se bailó el *cancán* por todo lo alto, no habiendo persona, en Francia, que no sintiera los impulsos del desenfreno al escuchar los primeros compases de un galop.

De aquí que lo mismo que en el extranjero se cree que cada española lleva una navaja en la liga, piense yo que no hay francesa que no sepa levantar la *pata* (y dispensen la expresión).

¿Que si condeno el *cancán*?

Al contrario. Creo que es el baile más *baile* de todos los conocidos hasta la fecha.

Y creo y hasta doy por seguro que si David lo hubiera conocido, eso y no otra cosa hubiera bailado cuando tocaba el arpa delante de las procesiones.

El *cancán* tiene mucho de elegante y no poco de sugestivo, sobre todo cuando es la mujer la

que lo baila, y cuando esta mujer es bella é incitante en punto á formas, que es como si dijéramos en *punto de caramelo*.

Más aún.

El *cancán* es el mejor específico para alargar la vida.

No se rían ustedes, que lo digo muy en serio.

Mil veces he tenido ocasión de asistir á los *templos* donde se rinde culto á este baile.

Y, cosa rara: sin ellos mismos darse cuenta, he visto el local casi lleno de hombres viejos y gente caduca en su mayoría.

Aun no he podido olvidar á un pobre señor con una calva como la Plaza de Cataluña, que, medio dormido y con la barba dentro de un doble de cerveza, esperaba á que diera principio la función en el *Eden*.

De vez en cuando dejaba colgar sus escuálidos brazos hasta tocar al suelo, presentando de este modo la figura más extravagante que ustedes puedan figurarse.

Y lo mismo que esta especie de imbécil, he visto yo infinidad de seres.

Todos han permanecido sentados, tristes y amodorrados, como una luz que se apaga.

Pero de pronto la orquesta indica uno de los alegres pasos del *cancán*, y aquellos casi cadáveres se animan como por encanto; sus ojos se revuelven y brillan de un modo extraño.

Se alza la cortina, aparecen las bailarinas, hacen la primer pirueta de presentación ó saludo, y aquellos seres, tristes y macilentos antes, sonríen primero, lanzan carcajadas de júbilo después y terminan por brincar sobre la silla palmoteando y gritando con toda la fuerza de una vida espléndida.

¿Quién opera este cambio tan radical?

El *cancán*, y con él, la sonrisa picaresca de una mujer de mundo, la contorsión de un cuerpo flexible, y, por último, la pierna que se levanta á tiempo y el lindo pie que juguetea en el aire, haciendo *abur*, como para llamar al entusiasmado espectador.

Sin embargo de esto, hay gobernadores que no lo dejan bailar.

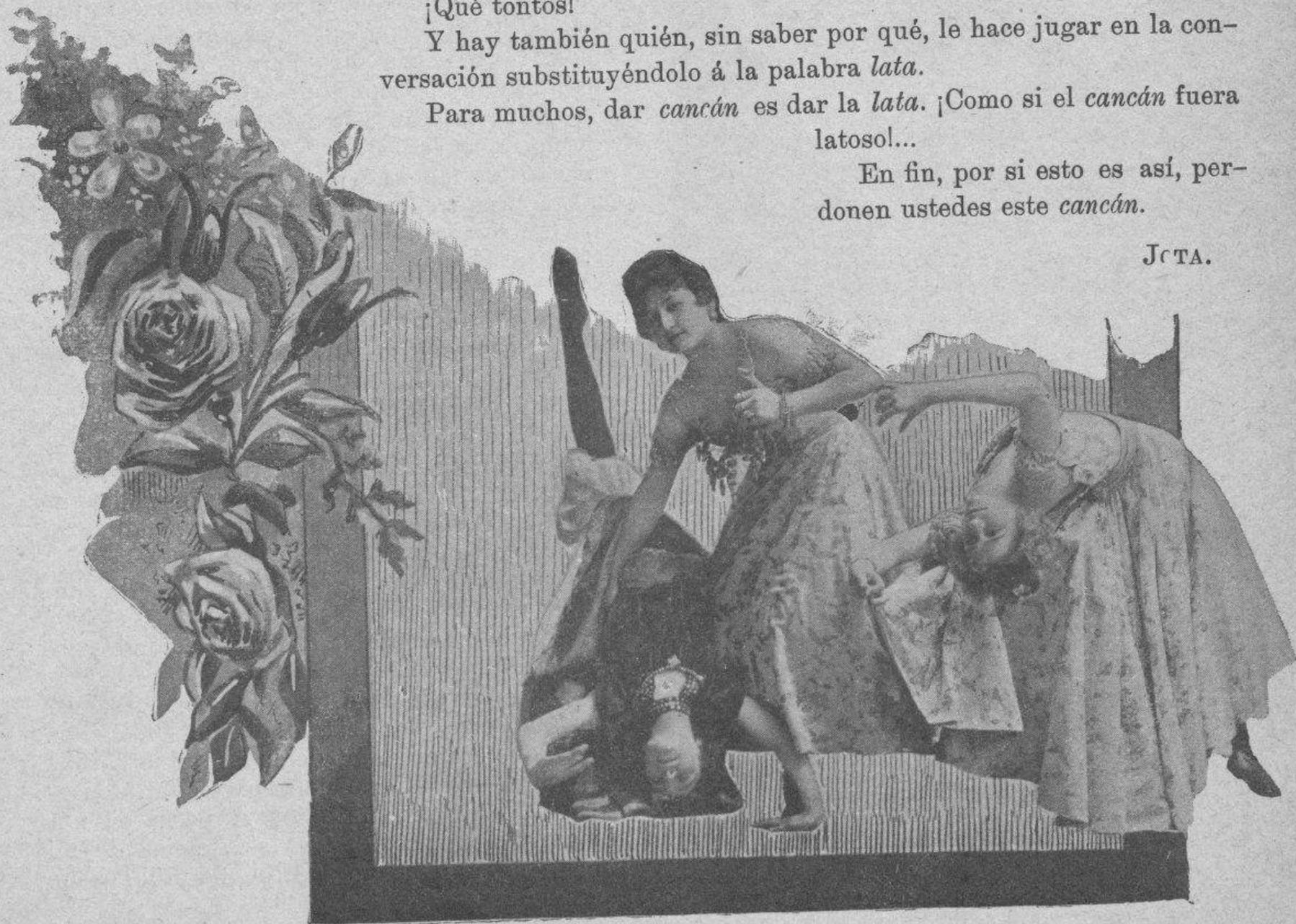
¡Qué tontos!

Y hay también quién, sin saber por qué, le hace jugar en la conversación substituyéndolo á la palabra *lata*.

Para muchos, dar *cancán* es dar la *lata*. ¡Como si el *cancán* fuera latoso!...

En fin, por si esto es así, perdonen ustedes este *cancán*.

JOTA.



## CAMBIOS... ¿NATURALES?

**C**ARMEN era una muchacha preciosa, de lo más distinguido de la buena sociedad madrileña. Su carácter alegre y su marcada distinción habían trastornado la cabeza de un joven abogado llamado Carlos..., que no sé si era guapo ó feo, porque es cosa que me preocupa muy poco; pero, en fin, que, lógicamente pensando, debía ser persona agradable, porque Carmencita estaba haciendo números (como vulgarmente se dice) por el joven abogado. Llegó para ellos el día feliz de su enlace, y ambos cónyuges decidieron ir á pasar la luna de miel á la poética Córdoba, la patria de los Rafaelés, de los limoneros y naranjales, cuya simbólica flor perfuma el aire que recorre las estrechas calles de la ciudad morisca.

Hago punto y aparte respecto á los preparativos de la boda y á los felices sueños de la víspera, porque mis queridos lectores ya sabrán lo que es eso, y presento á los chicos recién salidos de la iglesia. Ni un momento se quedaron solos los pobrecitos; de la iglesia á casa, á cambiarse de traje, de la casa al banquete, y del banquete á la estación, para tomar el correo de Andalucía.



¿Qué pensará esta criatura?  
Cualquiera se lo figura.

Por consejo de los padrinos, la comitiva despidió á la amante pareja en la estación, sin entrar al andén.

—Dejemos solos á los muchachos, que bastante les hemos hecho rabiar,—decía el padrino.

Y hete aquí á la linda pareja buscando un departamento de primera clase que estuviera vacío.

—¡Por fin!—dijo Carlos lleno de alegría.—Aquí. Sube tú primero y yo te daré la sombrerera... ¡Qué atrocidad!... ¡Cuánta gente!... Cierra y asómate á la ventanilla, para que crean que el departamento está completo y no suban más... ¡Ay! ¡Qué ganas tengo de que eche á andar el tren!—agregó, lanzando un suspiro y corriendo la cortinilla del techo, para amortiguar la luz.—¡Vida mía..!

—¡Estate quieto, que puede entrar el revisor y...! ¡Ay, Dios mío! ¡Me moriría de vergüenza! Asómate y veremos la gente que pasa por el andén.

—Como quieras.

—¡Ay, qué gorda!... ¡Mira, Carlos, mira qué gorda está esa señora!

—¡Ja... ja... ja!... ¡Más gorda te has de poner tú, si Dios quiere!

—¿De veras?

Iba á responder de un modo *algo expresivo* Carlos á su esposa, cuando, abriéndose la portezuela del departamento que ocupaban, apareció el revisor con otra pareja, elegantemente vestida, y dijo, después de saludar:

—Aquí estarán ustedes perfectamente. No van más que estos dos señores y tengo la seguridad de que no entrará ningún pasajero más. Faltan tres minutos para salir el tren.

—¡Muchas gracias! Buenas noches, señores.

—Muy buenas.

Y Carlos y Carmen, á pesar de la obscuridad, se miraron intensamente, como diciendo:

«—¡Nuestro gozo en un pozo!»

Los timbres dieron las señales de reglamento, el jefe de tren tocó el pito y la locomotora silbó, como en noche de estreno malo, y, lanzando una negruzca columna de humo, comenzó su majestuosa marcha por las paralelas de acero que habían de conducir á los amantes al comienzo de su felicidad.

En ninguna parte se desarrolla tanto la simpatía como en los viajes, y antes de llegar á Pinto ya habían entablado conversación las dos parejas.

—¿Conque están ustedes recién casados? Pues á nosotros nos pasa lo mismo,—decía don Diego, que era el galán de la segunda pareja.

—¿Sí?...—dijo Carmencita muy admirada.

—Sí. No se extrañe usted. A pesar de mis sesenta y dos, he caído en las gracias de mi Luisa, que, aunque no es ninguna niña, es encantadora.

Y don Diego descorrió la cortinilla que ocul-



- ¡Ay, doctor!... ¡Yo no sé lo que tengo aquí!  
 —¿Dónde, hija mía?  
 —En la mesilla de noche.  
 —Son las medicinas que yo he mandado.  
 —Y ¿me las tengo que tomar todas?  
 —No. Son para Carlos también... y para mí, como sigan las visitas.

taba la luz, y ésta dió de lleno sobre el rostro de Luisita, dejando ver un prodigio de belleza, aunque algo trasnochada.

Luisa hizo un movimiento de coquetería ocultando el rostro, pero después de haberlo dejado ver.

Carlos, á pesar de estar recién casado, abrió unos ojos atroces. Es natural. Cuando se tiene hambre...

El tren seguía su marcha con rapidez vertiginosa. Los cuatro pensaban lo mismo: «¡Qué despacio anda esto!»

De pronto se oyó una voz que dijo:

—¡Villacaña!... ¡Un minuto!

—¿Falta mucho para llegar á Alcázar de San Juan?—preguntó don Diego.

—No, señor.

—Bueno; pero ¿cuánto falta?

—Pus en *allegando*, ya están *ustés* ahí.

—¿Han visto ustedes qué animal?...

—¡Pues éste es muy fino!—contestó Carmen.

—¡Señores viajeros, al tren!...—gritó la voz. Y pronto el tren siguió su marcha.

—En Alcázar tomaremos chocolate,—decía Carlos.

—Nosotros iremos antes á... preguntar una cosa.

—¿A pre...?

—¡Sí, hombre, sí!—dijo don Diego, hablando á Carlos al oído.

—¡Ja... ja... ja!...

—¡Cuidado que son ustedes maliciosos!...

De pronto la máquina empieza á dar silbidos continuados, como pidiendo auxilio.

—¿Qué es esto?

—¡Dios mío!

—¡No se asusten ustedes!...

Se oía el chirreo que producen las ruedas sobre los rieles al ser contenidas por el freno de vacío automático.

—¡Estamos perdidos!

—¡Ay!...

—¡Un tren avanza hacia nosotros!...

—¡Dios mío!—gritó Carlos con desesperación.—¡Vamos á tirarnos...!

—¡No tengan ustedes prisa!... ¡Calma!...

Se produjo el choque.

Un horrible golpe, gritos, ayes y el ruido que produce el vapor al escaparse de la válvula.

—Hemos chocado al entrar en agujas; pero, afortunadamente, estamos en salvo.

—¿Tiene usted la bondad de decirnos si estará arreglada pronto la línea?

—Pue, por ligero que se ande, tardaremos catorce ó quince horas,—contestó el guarda-agujas.

## La Saeta

—¡Quince horas!... ¡Dios mío, cuánto tiempo!  
—Si les parece á ustedes, pasaremos la noche en el pueblo. ¿Cómo se llama este pueblo?  
—Quero.  
—Y ¿hay mucha distancia de aquí á él?  
—Poco más de un kilómetro.  
—Y ¿hay fonda?  
—¿Fonda?... ¡Una posada... y gracias!... Si

quieren ustedes, yo tengo dos burras, que se las puedo alquilar, para que puedan ir las señoras.

—Sí, sí. Tiene usted razón. Montaremos á las señoras y nosotros iremos á pie.

Y hete aquí las enamoradas parejas caminando por una senda obscura á las dos de la madrugada, hasta llegar á la primera posada.

—Aquí le traigo á usted á estos viajeros, tía Noria. Cuando esté la línea arreglada vendré yo á buscar á ustedes. Buenas noches.

—¿Quieren *ustés* comer algo?

—No, señora; gracias. Lo que queremos es acostarnos.

—¿Separados ó juntos?

—¡Cada cual con su mujercita!

—¡Petrola!—gritó la posadera.

Petrola se presentó con esa candidez de los pueblos y esas preguntas tontas que molestan tanto á la gente de la corte. Sin embargo, Petrola no dejó de llamar la atención de ambos maridos, porque era lo que se llama una real moza. Alta, coloradota, guapa, con unos mofletes como dos quesos de bola; una moza, en fin, de esas que parten un duro de .. un suspiro.

—Mientras Petrola prepara las habitaciones,—dijo Luisa,—nosotras subiremos á lavarnos y ustedes subirán cuando Petrola les avise.

—Perfectamente; pero no tardar,—contesta el marido.—Nos quedaremos fumando un cigarro al calor del hogar.

Al cabo de pocos momentos, bajó Petrola y,

dirigiéndose á los felices esposos, les indicó que ya podían subir, y, contentos como chicos con zapatos nuevos, subieron ambos las escaleras, ansiosos de saborear las dulzuras del amor.

—¿Es aquí?—exclamó Carlos, dando golpecitos en la primera puerta.

Y una voz dulce y cariñosa le contestó desde dentro:

—Sí

Apenas Carlos hubo levantado el pestillo, la dama apagó la luz.

Otro tanto ocurrió en el cuarto contiguo donde había penetrado don Diego.

.....

Apenas había despuntado el día. Un tenue reflejo de la aurora penetraba por las ventanas de las dos habitaciones. Las dos esposas se despertaron, y ¡cuál sería su sorpresa al ver que Carlos y

Diego se habían equivocado de cuarto!

Luisa, mujer más experta, fué la primera en encontrar la solución, y, saltando del lecho precipitadamente, se vistió y penetró en el cuarto de Carmen. Esta estaba ya vestida y salía á su encuentro llorando amargamente.

¡Estamos iguales, hija mía!

—Sí; pero usted se ha llevado la mejor parte...

—Pero, en cambio, ahora me toca la peor para toda

la vida... Pase á mi cuarto y yo al suyo, y cuando ellos despierten, que se encuentren al lado de su verdadera mujer. Es preferible que ellos ignoren la verdad.

En este momento, ambos maridos dieron muestras de despertarse, y cada cual ocupó el sitio legal.

Petrola llamó á la puerta de ambos, y con una dulzura impropia de los pueblos, les dijo:

—¡Han venido á avisar que ya tienen ustedes la vía expedita!

Se vistieron precipitadamente; salieron los cuatro de su habitación, y mientras Carlos y



Para exprimir las uvas  
no tiene precio.  
¡Ojo con los bolsillos,  
que va exprimiendo!



EN ACECHO

Diego pagaban á la posadera, Petrola le decía á Carmen:

—¿Hay alguna cosica *pa* la moza?

—¿Alguna cosica?... ¡Un demonio!—exclamaba Carmen, mal humorada.

En cambio, Luisa abrió su portamonedas, y, dándole un billete de veinticinco pesetas, le decía:

—Toma, en recompensa de tus buenos servicios.

Una vez en el tren, los dos matrimonios ocuparon carruajes distintos, y así continuaron hasta terminar el viaje.

Al día siguiente de llegar á Córdoba, Carmen, al despertarse, exclamaba, loca de alegría:

—¡Gracias á Dios!

Luisa, en cambio, se despertó llorando amargamente y diciendo:

—¡Qué diferencial!...

VENTURA DE LA VEGA.

# ALMANAQUE DE LA SAETA

Tenemos el gusto de participar á nuestros corresponsales que, en vista del éxito alcanzado por el

## ALMANAQUE DE "LA SAETA"

y habiéndose agotado la tirada, hemos dispuesto una segunda edición, que ya hemos empezado á servir, si bien con otro papel distinto al anterior, por habernos sido imposible encontrarlo igual con la precipitación que deseábamos. Advertimos igualmente á nuestros corresponsales que esta

## SEGUNDA EDICIÓN del

## ALMANAQUE de LA SAETA

ESTÁ TAMBIÉN CASI AGOTADA

### Correspondencia

R. S.—*Madrid*.—No sabemos el paradero del sujeto que nos indica.

LAS GRANDES CANTIDADES de Agua de Colonia de Orive que se gastan en España, se explica por su superioridad incomparable y su baratura sin igual y por las facilidades de su adquisición. Por 8'50 ptas 2 litros; 16 ptas. 4 litros; se manda franca á domicilio pidiéndola á Barcelona, Vicente Ferrer, y J. Ubach y C.<sup>a</sup>; Madrid, G. García; ó mejor á Bilbao, su autor, remesando su importe.

T. G. F.—*Zaragoza*.—Su artículo resulta muy poquita cosa.

A. F.—*Barcelona*.—¡Hombre! ¡Por María Santísima!... Eso del cura es demasiado gordo.

J. C.—*Madrid*.—Recibida su «Rápida» y se publicará. UNA BOCA ESMALTADA de dientes limpios y sanos, constituye el bouquet de la hermosura, sostenida por el Licor del Polo. Esto es obvio para toda señorita. 6 rs. frasco.

A. G. del B.—*Madrid*.—Lei su artículo y... largo, amigo mio, demasiado largo. Ya le dije que pesaba mucho. Mande algo más ligerito de carnes.

E. M.—*Totana*.—Siento mucho que no me agrade su «Quisicosa».

NADA HAY TAN EFICAZ para calmar dolores de reuma como una fricción de *Eúlsamo antirreumático de Orive*. Exigirlo de color verdoso. 2 ptas frasco. Farmacias.

E. G. V.—*Valencia*.—¡No más canas... digo, cantares! Estoy de ellos hasta los pelos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

### HERNIAS (TRENCADURAS)



Se curan en poco tiempo con los acreditados *Bragueros Cuádruples y Regulador Torrén*s.

Recomiendan tan maravillosos aparatos todas las eminencias médicas.

CASA TORRENS, Unión, 16, 1.º-BARCELONA

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona

# El Dr. Boada

Director de la Clínica de enfermedades secretas de la calle de

la Cadena, número 5, ofrece ésta y su domicilio particular á todo paciente.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones Cura los flujos en

## 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violente, y en las principales Farmacias.



Gabán contra... el sastre.

Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	Apellido.	
	4	2	3	4	2	6	2	Carruaje.	
		1	2	3	4	5	6	En las religiones.	
			8	2	3	8	2	Refresco.	
				3	2	6	2	Animal.	
					1	5	3	Apellido.	
						3	7	Nota musical.	
							1	Consonante.	
							5	Vocal.	
						4	7	Letra.	
						1	2	3	En el puerto.
					3	5	4	2	Nombre de mujer.
				1	2	3	4	7	Planeta.
		4	3	2	5	6	2	Barrio de Madrid.	
	3	2	1	5	3	7	8	Nombre de varón.	
1	2	3	5	6	7	3	2	Prenda de vestir.	

JESÚS M. PLANTADO.

Cuadrado

*	*	*	*
*	*	*	*
*	*	*	*
*	*	*	*

Substitúyanse las estrellas por letras, de modo que, leídas horizontal y verticalmente, diga: Nombre de mujer, acto piadoso, habitación y trabajo de campo.

EMILIO ARIAS PEÑA.

Charada

Una *total* celebrada  
un gran *dos-prima* tenía,  
y estaba muy enfadada  
porque Berta, la criada,  
le pegaba cada día.

Mas cuando ésta le contó  
que un *tercia-prima* el tal era,  
con él se encolerizó  
y á la espalda le tiró  
con furia un *prima-primeru*,  
siendo el golpe tan certero  
que los dos fueron á dar  
contra el pobre del portero,  
que fué un buen *dos dos-primeru*,  
y le subía á entregar

una joya que, galante,  
un *prima-dos-prima* amante  
le mandaba á la *total*  
en prueba de amor real,  
siempre más preponderante.

Siendo el fin de la jornada  
que sin nada se quedó,  
porque el animal murió  
y la joya destrozada  
el portero le entregó.

PEPIS.

Jeroglífico comprimido



Abrigo modernista, con estufa.





20 cénts.

Núm. 576

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña **Sebastiana Sola** tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso Ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Jamón al natural

A eso de las ocho  
ó las ocho y media,  
te vas á la Rambla,  
y allí te paseas  
hasta que te encuentres  
con alguna *jembra*  
de esas que se plantan  
firmes en cuarenta.  
Le dices dos flores,  
te marchas con ella,  
y si *jamón* quieres,  
pues... te la meriendas.

J. A.

Hallándose Agesilao en una fiesta pública, el maestro de ceremonias le señaló un puesto poco honorífico, que,



—¡Pa guapo yo!  
—Entonces no me has mirao bien á la cara.  
—Bueno. Pues pa guapos los dos.

aunque Agesilao estaba ya declarado rey, no tuvo inconveniente en aceptar, diciendo:

—Voy á mostrar á los espectadores que los puestos no honran á los hombres, sino que los hombres honran á los puestos.

Preguntó un día el rey Luis XIV al historiador Mezeray:

—¿Quién os manda pintar á Luis XI como un tirano?

—Y á él ¿quién le mandaba serlo?—preguntó á su vez el historiador al rey.

Presentóse á la viuda de uno de sus clientes un usurero, diciéndole que el *difunto* le debía mil pesetas.

La viuda contestó:

—Y ¿quién le manda á usted prestar dinero á los difuntos?

Entre dos señoras:

—Como amuleto, llevo en el brazalete un cerdo de plata.

—Pues yo llevo un retrato de mi marido, que es igual.

En un tribunal:

—¿Es verdad que ha llamado usted imbécil al señor?

—No lo recuerdo á punto fijo; pero al mirar al demandante, la cosa me parece muy probable.

Encuétranse dos amigos:

—¡Adiós, hombre! ¿Qué es de ti? ¿A qué te dedicas?

—Pues, hijo... á vender muebles.

—Y ¿qué tal? ¿Vendes muchos?

—Por ahora... nada más que los míos.

—Me consta,—decía un parroquiano á un choricero,—que en Extremadura ponen carne de burro en los chorizos.

—¿Ha estado usted en aquel país?

—Sí, señor: tres años.

—Pues es singular que no haya vuelto usted convertido en chorizo.

Pasando el rey de Cerdeña por una ciudad donde los nobles estaban en la mayor miseria, se asombró de verlos con trajes magníficos, y, manifestándoles su extrañeza, le contestaron:

—Señor, sabiendo la llegada de V. M., hemos hecho lo que debemos (y debemos lo que hemos hecho).

(Sigue en la penúltima página)